

CHARLA SOBRE EL CURA DE ARS

Martín Bravo Puy, pbro.

Encuadramiento histórico

San Juan María Vianney, conocido como "El Cura de Ars", nació en Dardilly, cerca de Lyon (Francia), el 8 de Mayo de 1786. Su padre se llamaba Mathieu Vianney, y su madre Marie Béluse. Recibió de ellos una profunda educación cristiana, sobre todo de la madre, por el ejemplo de piedad, honradez y amor a los pobres que reinaban en el hogar como virtudes comunes. Su infancia transcurre en pleno ambiente de revolución francesa, entre los 17 y 19 años. Manifestó el deseo de ser sacerdote.

En esta misma época recibió el sacramento de la Confirmación de manos del cardenal Fesch, tío del emperador Napoleón y arzobispo primado de Lyon; con tal motivo añadió el nombre de Bautista al de Juan María. Comenzó sus estudios junto a un sacerdote de una parroquia vecina, Ecully; dicho sacerdote, verdadero formador del Santo, se llamaba Charles Balley. Cursó algunos meses de filosofía en el seminario de Verrières, y dos años de teología en el seminario de San Ireneo de Lyon, aunque de hecho sólo residió allí algunas semanas.

Tuvo dificultades en sus estudios por falta de memoria. Dos veces fue despedido del seminario por no superar los exámenes. Gracias a la influencia del P. Balley, pudo llegar al presbiterado el 13 de Agosto de 1815. Las autoridades eclesiásticas de Lyon le nombraron coadjutor de Ecully, donde terminó el tercer curso de teología junto al P. Balley. A la muerte de éste, fue enviado a la capellanía de Ars, parroquia de Mizérieux. En 1821, Ars fue creado parroquia. La llegada a Ars tuvo lugar el 9 de febrero de 1818. Allí permaneció durante cuarenta y un años.

Fue modelo de párroco por su oración, penitencia y dedicación pastoral. Sufrió muchas incomprendiones. Tuvo grandes tentaciones de desespero. Quiso huir de la parroquia por creer que no la podía atender debidamente. Llegó a ser confesor célebre y buscado de toda Francia y del extranjero. Su predicación y catequesis, sencillas Y llenas de amor divino, convertían los corazones. Sé le atribuyeron algunos milagros Y muchos casos de intuiciones y predicciones. Falleció en Ars el 4 de Agosto de 1859.

Principales lecciones del Cura de Ars a los sacerdotes

1. Cómo hablaba el Cura de Ars del sacramento del Orden

El Cura de Ars hablaba con frecuencia del sacramento que *hace* al sacerdote: el sacramento del Orden. Él se explica, según su costumbre, de manera concreta, sin entrar en consideraciones teológicas. Se basa en lo que encuentra en el catecismo de sus niños; y para comenzar la lección dice: *Hijos míos. Estamos en el sacramento del Orden. Es un sacramento que parece que no interesa a nadie entre vosotros y sin embargo afecta a todo el mundo.*

En efecto, por el sacramento del Orden se dan a los hombres esos mediadores, hacia los que hace falta recurrir para santificarnos. Dice también el Cura de Ars: *El sacramento del Orden es necesario y muy necesario, pues sin los sacerdotes, ¿quién nos administraría los sacramentos?* Continúa: *Este sacramento eleva al hombre hasta Dios. ¿Qué es el sacerdote? Un hombre que ocupa el lugar de Dios, un hombre revestido de los poderes de Dios. Id -dice nuestro Señor al sacerdote-, como mi Padre me envió, os envío yo. Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Id, pues, enseñad a todas las naciones. El que os escucha, a mí me escucha; el que os desprecia, me desprecia a mí.*

Que el sacerdote es el continuador de Cristo, el Cura de Ars no cesa de repetirlo, ilustrando su idea por medio de imágenes familiares y sencillas: *Si se tuviera fe, se vería a Dios escondido en el sacerdote, como una luz detrás de un cristal, como el vino mezclado con agua.*

El sacerdote tiene la misión de predicar, de repartir la palabra de Dios, y, por su boca, el mundo es evangelizado. Pero aún es más: Cristo hace de este intermediario otro 'él mismo', por medio del cual actúa, perdona, consagra: *Cuando el sacerdote perdona los pecados, no dice 'Dios te perdone'; dice 'Yo te absuelvo'. En la Consagración no dice 'Este es el Cuerpo de nuestro Señor'; dice 'Esto es mi Cuerpo'. Añade: Si tuviéramos fe, al ver al sacerdote subir al altar, creeríamos ver a nuestro Señor subiendo al Calvario; más aún, veríamos a nuestro Señor en la Cena bendiciendo el Pan y el Vino, cuando el sacerdote bendice la hostia y el vino antes de la Consagración.*

Como todos los bienes del alma vienen del cielo, antes de consagrar eleva los ojos al cielo para hacer descender al Señor; después, pronunciando las bellas palabras de la consagración, de un trozo de pan hace el Cuerpo de un Dios. Dice el Cura de Ars: ¡Mirad el poder del sacerdote! La lengua del sacerdote, de un trozo de pan hace un Dios, y eso es más que crear el mundo.

El Cura de Ars expone su pensamiento así: *Si no tuviéramos el sacramento del Orden, no tendríamos a nuestro Señor. ¿Quién lo ha puesto allí, en el Sagrario? El sacerdote. ¿Quién ha recibido vuestra alma cuando entró en el mundo? El sacerdote. ¿Quién la alimenta para que tenga fuerza para hacer su peregrinación? El sacerdote. ¿Quién la preparará para presentarse ante Dios, lavándola por última vez en la Sangre de Jesucristo? El sacerdote. Siempre el sacerdote. Si esta alma muere, ¿quién la resucitará? ¿Quién le devolverá la calma y la paz? También el sacerdote. No podéis recordar un solo beneficio de Dios sin encontrar, al lado de este recuerdo, la imagen de un sacerdote.*

Cuando veis un sacerdote, tenéis que decir: 'Mira quién me ha hecho hijo de Dios y me ha abierto el cielo por el Bautismo. Él me ha purificado después de pecar, quien alimenta mi alma.

Los demás beneficios de Dios no nos servirían de nada sin el sacerdote. ¿De qué serviría una casa llena de oro, si no hubiera nadie para abrirnos la puerta? El sacerdote tiene la llave de los tesoros celestes; él es quien abre la puerta; el ecónomo del buen Dios, el administrador de sus bienes.

San Bernardo nos dice que ‘todo os ha venido por María’; se puede decir también que ‘todo nos ha venido por el sacerdote’. Sí, todas las dichas, todos los dones celestiales. Puede afirmarse que el sacerdote ha recibido poderes que no han sido dados a la santísima Virgen y tampoco a los santos ángeles. *Id a confesaros a la santísima Virgen o a un ángel, ¿os absolverán? No, la santísima Virgen no puede hacer descender a su divino Hijo a la Hostia. Si tuviéramos doscientos ángeles, no os podrían absolver. Un sacerdote, por sencillo que sea, puede deciros: ‘vete en paz, yo te perdono’. ¡Oh, qué grande es el sacerdote! Al sacerdote no lo comprenderemos bien hasta llegar al cielo. Si lo pudiéramos comprender en la tierra, moriríamos, no de temor, sino de amor.*

2. El sacerdote y la Eucaristía

Entre los beneficios, de que el sacerdote es dispensador, el cura de Ars tenía particularmente presente la Eucaristía. *Cuando la campana os llama a la iglesia, si os preguntan a dónde vais, podéis responder: Voy a alimentar mi alma. Si os preguntan, señalando al Sagrario, qué es esta puerta dorada, responded: Es la despensa de mi alma.*

¿Quién es el que tiene la llave, que hace las provisiones, que prepara el festín, que sirve la mesa? Es el sacerdote quien nos da el Cuerpo de Cristo. ¡Oh, Dios mío, cuánto nos has amado!

El sacerdote es para vosotros como una madre, como una nodriza para un niño de meses: le da su alimento; él sólo tiene que abrir la boca. La madre dice a su hijo: toma, hijo mío, come. El sacerdote os dice: *tomad y comed, es el Cuerpo de Jesucristo, ¡que os guarde y lleve a la vida a la vida eterna!* ¡Oh hermosas palabras! El sacerdote, ministro de la eucaristía, es verdaderamente irremplazable. *Sin el sacerdote, la muerte y la pasión de nuestro Señor no servirían de nada. Si ha sido ordenado, es para que los méritos de la muerte y de la pasión de Cristo sean repartidos en toda la tierra. No es una ventaja personal. El sacerdote no es sacerdote para él mismo, él no se da la absolución, no se da los sacramentos; no es sacerdote para él, es para vosotros.*

Es importante que los fieles tomen conciencia de lo que les aporta la presencia del sacerdote en medio de ellos. *Después de Dios, el sacerdote lo es todo. Dejad una parroquia veinte años sin sacerdote y adorarán las bestias. Si el misionero y yo nos vamos, vosotros diríais: ¿qué hacemos en esta iglesia? Se acabaron las misas; ya nuestro Señor no está aquí; tanto da rezar en nuestras casas.*

El centro de la vida espiritual y del ministerio del Cura de Ars fue la celebración de la Eucaristía. Para él, *“todas las buenas obras reunidas no equivalen al sacrificio de la Misa, porque son obras de hombres y la Santa Misa es obra de Dios”*. Consciente de que en ella se renueva el sacrificio de la Cruz, pedía a los sacerdotes que al celebrarla se ofrecieran a sí mismos juntamente con la víctima divina. La celebración de la Eucaristía fue el sustento de su vida sacerdotal. Sus biógrafos nos refieren que se preparaba largamente cada día para celebrarla y que era conmovedor su recogimiento en la consagración y la comunión. Pasaba muchas horas en adoración ante el Santísimo, antes de la aurora o por la noche, y mientras él vivía pobremente, no escatimaba los gastos necesarios para que la casa del Señor resplandeciese por su ornato y dignidad.

3. Entregado a la predicación

4.

San Juan María Vianney tiene mucho que enseñarnos a los sacerdotes. A lo largo de sus años de preparación para recibir el don del sacerdocio tuvo que vencer innumerables obstáculos: el ambiente político y social imperante en Francia tras la Revolución, la deficiente preparación obtenida en la escuela rural de su aldea natal, la resistencia de su padre y, muy especialmente, sus dificultades en el aprendizaje y la memorización que le impidieron el dominio necesario del latín para poder estudiar la teología. Por ello, a pesar de su laboriosidad, fue apartado temporalmente del Seminario de Lyon. Sólo su voluntad tenaz, su valentía, su piedad, su amor a las almas y la escasez de sacerdotes, fruto de aquellos años azarosos, permitieron que a los veintinueve años recibiera la ordenación sacerdotal. Ninguna dificultad le arredró, ni siquiera los negros presagios que se cernían sobre el futuro del clero francés, como consecuencia del extremo galicanismo bonapartista.

Ya sacerdote, se entregó con esmero a lo que hoy llamamos la formación permanente personal, a la lectura de autores espirituales y a la preparación de sus sermones, caracterizados por la unción, la convicción y la sencillez, plagados de alusiones a las experiencias cotidianas de sus oyentes. Estaba convencido de que el ministerio de la Palabra es absolutamente necesario para acoger la fe y la conversión, pues como él mismo escribe:

“Nuestro Señor, que es la verdad misma, no hace menos caso de su Palabra que de su Cuerpo”. Por ello, se entregó también con pasión a la catequesis de niños y adultos. Porque amaba a sus fieles con corazón de padre y entrañas de madre y buscaba en último término su salvación, en su predicación nunca bajó el nivel de las exigencias del Evangelio, ni se mostró condescendiente con el mal. “Si un pastor –escribe- permanece mudo viendo a Dios ultrajado y que las almas se descarrían, ¡ay de él! Si no quiere condenarse, ante cualquier clase de desorden en su parroquia, deberá pasar por encima del respeto humano y del temor a ser menospreciado u odiado”. No obstante, a pesar de la angustia que le produce el solo pensamiento de que alguno de sus feligreses se pierdan para siempre y el mismo aspecto repulsivo del pecado, en su predicación insiste sobre todo en el atractivo de la virtud, en la ternura y la misericordia de Dios, en el gozo de sentirse amado por Él y de vivir en su presencia.

4. Su dedicación al sacramento del perdón.

Pero el fruto más granado de su celo pastoral, la faceta más conocida del Cura de Ars, que además configura su carisma, es su dedicación perseverante al sacramento de la reconciliación. San Juan María Vianney desde el confesionario hizo de Ars, una pequeña aldea de cuarenta casas de adobe y no más de 230 almas, el corazón de Francia. Ya desde los comienzos de su servicio pastoral comenzaron a acudir a él gentes de otras parroquias vecinas; después de lugares distantes; y por fin, de toda la rosa de los vientos de la geografía francesa y de otros países. Durante los últimos diez años de su vida, pasó no menos de diez horas diarias en el confesionario; a veces hasta dieciséis o dieciocho, sufriendo el frío o el calor asfixiante y, sobre todo, la amargura por los pecados de sus penitentes, especialmente cuando denotaba falta de arrepentimiento.

A lo largo de casi cuarenta años acogió con amor a los indiferentes para despertarlos al amor de Dios, reconcilió a grandes pecadores arrepentidos y guió innumerables almas a la perfección. Su consejo era buscado por obispos, sacerdotes, religiosos, jóvenes y mujeres con dudas sobre su vocación, pecadores, personas con toda clase de dificultades y enfermos. Su sucesor en la parroquia, B. Nodet, dice que a partir de 1827, nueve años después de su llegada a la parroquia, acudían a él unas 20.000 personas al año, y que en 1858, el año anterior a su muerte, el número de peregrinos alcanzó la cifra de 80.000. Su dirección se caracterizaba por el sentido común, la sencillez del lenguaje, su notable perspicacia y su sabiduría sobrenatural, don del Espíritu Santo, buscando siempre el encuentro personal del penitente con Jesucristo.

5 La vida interior, manantial de su vida apostólica.

El manantial de la caridad pastoral y de la generosidad del Cura de Ars es, sin duda, su vida interior, su amor apasionado a Jesucristo, contemplado y adorado en las largas horas que pasa ante el Santísimo, un amor sin reservas ni límites, como respuesta a quien desde la Cruz nos ha amado primero. Por ello, se entrega sin tregua a la salvación de las almas, rescatadas por Cristo a tan gran precio, de modo que acojan en sus vidas el amor de Dios.

Por Cristo, vive con radicalidad el Evangelio y las exigencias que Él señala a quienes envía a la misión: la unión con Él y la oración constante, la pobreza y la austeridad, la humildad, la renuncia de sí mismo y la penitencia y mortificación voluntarias, que en la vida de San Juan María Vianney fueron proverbiales, según nos refieren los testigos de su proceso de canonización, quienes afirman que su subsistencia hasta los setenta y tres años fue un milagro permanente, pues su alimentación y su descanso fueron humanamente hablando insuficientes.

Desde su identificación con Cristo bebe el amor del Señor por las almas, en su caso por los fieles encomendados a su ministerio, a los que se entrega sin límites, sacrificando su tiempo, su salud y su persona entera. Refiriéndose al Cura de Ars escribió el Papa Juan Pablo II que “raramente un pastor ha sido hasta este punto consciente de sus responsabilidades, devorado por el deseo de arrancar a sus fieles del pecado o de la tibieza”. Así se entiende también la plegaria que frecuentemente repetía: *“Oh Dios mío, concededme la conversión de mi parroquia: acepto sufrir cuanto queráis el resto de mi vida”*.

De esta forma, con su testimonio, sus feligreses fueron apreciando cada vez más la Santa Misa y la adoración eucarística, verdadero manantial de vida cristiana y de fidelidad, de manera que muy bien se puede afirmar que la Eucaristía, el sacramento de la penitencia, la predicación, la catequesis, la visita a los enfermos, su testimonio de desprendimiento, caridad y pobreza, y la gracia de Dios que actuaba a raudales a través del Cura de Ars, fueron transformando aquel pueblo en el que antes había mucha ignorancia religiosa, mucha indiferencia y escasa práctica religiosa. Se lo había advertido el Obispo al enviarle: *“No hay mucho amor a Dios en esta parroquia, tú lo pondrás”*.

Así fue en realidad. En pocos años aquella feligresía se transformó. Llegan personas de toda Francia y de otros países, que a veces tienen que esperar varios días para poder

verlo y confesarse. Lo que les atrae no es la curiosidad ni los milagros y las curaciones extraordinarias que el Cura de Ars trata de disimular. Buscan en cambio al santo, bajo una apariencia pobre y débil como consecuencia del trabajo pastoral, de los ayunos, penitencias y disciplinas; buscan al amigo de Dios, que huye de honores y protagonismos, que trasluce paz y serenidad, paciencia y buen humor y una sobresaliente capacidad para dirigir a las personas como guía y médico de almas.

ANÉDOTAS DEL CURA DE ARS Tomadas del libro “Orar con el Cura de Ars”

Un coadjutor difícil

‘El Santo Cura de Ars tuvo que sufrir durante ocho largos años –de 1845 al 1853– el modo de ser de un sacerdote a quien la ingenua Catalina Lassagne lo consideraba como enviado de Dios para ejercitar la paciencia de su buen siervo. Fue nombrado auxiliar del Rvdo Vianney, pero muy pronto se consideró como su tutor. En realidad, el Rvdo Raymond era un buen sacerdote, consagrado del todo a sus obligaciones, pero carecía de cierto tacto y de criterio justo. Hacía años que el Cura de Ars le pagaba la pensión en el seminario, pero el nuevo cura nunca demostró pruebas de su agradecimiento; es más, cuando llegó a Ars se instaló con toda frescura en el cuarto del señor párroco, mientras el Cura de Ars se conformaba con ocupar una habitación sombría y húmeda en la planta baja. Pero pronto esto llegó a oídos de la gente del pueblo y, para que no se produjera un escándalo, el Cura de Ars volvió a ocupar su cuarto y el Rvdo Raymond se marchó de huésped a una casa particular del pueblo’.

Parece que este joven sacerdote pretendía suplantar y llegar a ser él el cura de Ars. ‘Brusco, terco en sus decisiones, alardeando de agudo y de elocuente, trató al que había sido su bienhechor, y era su superior jerárquico, (...) con dureza, sin ninguna atención, sin el miramiento debido a sus años y a su santidad’. Puede decirse en descargo del Rvdo Raymond que no se daba cuenta de lo que le hacía sufrir. Se permitió bastantes veces regañar al siervo de Dios, reprochándole que no le contaba las cosas y que no organizaba a su conveniencia la peregrinación de gentes. ‘Llegó al extremo de contradecirle públicamente desde el púlpito’. ‘Los primeros días, cuenta Catalina L., al ver el Cura a su coadjutor tan joven... intentó ofrecer resistencia ante un temperamento tan opuesto al suyo, pero vio que con ello le irritaba más; procuró tenerle informado de todo, consultándole en muchas ocasiones, y acomodándose en lo posible a su voluntad’. El Cura acabó por querer entrañablemente a su vicario, el Rvdo Raymond. Confiesa éste en una ocasión: Una pena tengo, y es el no haberme aprovechado lo bastante de sus ejemplos; pero cuento con el paternal y tierno afecto que me manifestó’.

‘El pueblo se daba cuenta del mal que estaba haciendo el Rvdo Raymond con su enseñanza, e iban a advertírselo a su cura, el Santo Cura de Ars. Pero éste les contestaba: *“Si le molestáis, nos marcharemos los dos”*. Su obispo, Monseñor Devie, muy pronto se enteró, y envió al reverendo Dabouis para enterarse de la conducta del Rvdo Raymond, pero el Cura de Ars le decía a éste: *“¡Oh, déjele usted conmigo; me dice las verdades! ¡Cuánto tengo que agradecerle!”*.

El 24 de octubre de 1848, escribiendo a Mons. Camalet para invitarle a bendecir la capilla de la Providencia, aprovechó la ocasión para hablarle brevemente del Rvdo Raymond: *“Nada he de decir acerca del Rvdo Raymond, sino que es un sacerdote que*

merece un buen lugar en su corazón, por todas las bondades que tiene conmigo. No crea a las malas lenguas que son refinada malicia”.

Ante los insultos

Cuanta Catalina Lassagne que, al poco tiempo de llegar a la parroquia, fue a su casa un hombre y lo llenó de insultos. El Cura escuchaba sin decir palabra; después, quiso acompañarlo a la puerta, y le dio un abrazo despidiéndolo. El sacrificio le causó tan viva impresión que a duras penas pudo subir las escaleras a su cuarto, y tuvo que echarse en la cama. En un momento se llenó de ronchas... En varias ocasiones en las que alguien le habló con dureza, vio Catalina cómo conservaba la calma, pero su cuerpo, debido al esfuerzo y tensión que le suponía contenerse, en seguida quedaba preso de cierto temblor. Si le preguntaba ella porqué temblaba, contestaba con sencillez: *“Cuando se ha vencido una pasión, hay que dejar que los miembros tiemblen”*. No era más que una descarga nerviosa.

Precio de la conversión de un pueblo

La conversión de su pueblo fue ‘conquistada’ a Dios por su entrega. Cuenta un párroco que fue a lamentarse y quejarse de la frialdad de la gente de su pueblo: a pesar de todas sus iniciativas, no se acercaban a Dios. El Cura le contestó: *“¿Ha predicado usted? ¿Ha orado? ¿Ha ayunado? ¿Ha tomado disciplinas? ¿Ha dormido sobre duro? Mientras usted no se decida a esto, no tiene derecho a quejarse”*.

Finura de trato

‘Un joven de familia noble llegó de Marsella; quería confesarse con el Cura de Ars. Pero antes se encontró con el director de la escuela, el hermano Atanasio, a quien le hizo varias preguntas sobre la vida del santo cura: ¿Quiere usted decirme, Hermano, a qué familia pertenece el Rvdo Vianney, dónde ha hecho sus estudios, en qué medio social ha vivido, qué cargos desempeñó antes de ser destinado a Ars? El hermano Atanasio le contó que el Rvdo Vianney provenía de una familia muy pobre, que casi no tenía estudios, etc. Y el joven se quedaba maravillado con cada una de sus respuestas.

Y el hermano Atanasio le pregunta: ¿Por qué me pregunta usted eso? A lo que el joven caballero contesta; Porque me ha encantado la exquisita finura con que me ha recibido. Al entrar en la sacristía, me saludó muy amablemente; me colocó en el reclinatorio, y no se sentó sino después. Terminada la confesión, fue el primero en levantarse, me abrió la puerta, me saludó, y, siempre con aquella finísima cortesía, introdujo al penitente que seguía. El hermano Atanasio le explicó que el Cura de Ars trataba igual a todo el mundo. –‘Ya entiendo. Es un Santo. Posee la verdadera caridad, que es la fuente de la verdadera educación’.

Calumnias

Los sufrimientos más dolorosos que padece el hombre son los sufrimientos morales. Algunos individuos perversos, ajenos a la parroquia, y algunos jóvenes de Ars, enfadados por la guerra que dio el Cura contra los bailes y contra la bebida, la emprendieron contra el párroco e intentaron hacerle la vida imposible. Tuvieron la audacia de atribuir su palidez y flaqueza, no a su cansancio y a lo poco que comía, sino a una vida ocultamente licenciosa; ‘mezclaron el nombre Vianney en sus canciones picarescas; le escribieron cartas anónimas repletas de infames injurias; fijaron cartelones del mismo tono en la puerta de la casa parroquial y de noche hubo pintadas y serenatas de ruido con cencerros al pie de su ventana.

Parecía que ninguna humillación o sufrimiento moral había de serle perdonado. En 1823 fue restablecida la diócesis de Belley y Ars dejó de pertenecer al arzobispado de Lyon. Mons. Devie, su nuevo obispo, no le conocía. Comenzaron a llegar cartas anónimas a manos del prelado, quien creyó un deber «enviar al cura de Trevoux, deán del señor Vianney, para que hiciese una información sobre su conducta». Se ignora de qué manera se hizo, pero lo cierto es que las imputaciones calumniosas quedaron reducidas a nada’.

Ante una humillación

‘Señor Cura, cuando se sabe tan poca teología como usted, no se debe uno sentar en el confesonario’. Estas palabras leyó en una carta dirigida a él por un sacerdote. Después se dirigió a su habitación, tomó su pluma, él que casi nunca escribía, y abrió su corazón al joven sacerdote con esa sencilla respuesta:

“Mi querido y venerado compañero: ¡Cuántos motivos tengo para amarle! Sólo usted me ha conocido bien. Puesto que es tan bueno que se digna interesarse por mi pobre alma, ayúdeme a conseguir la gracia que pido desde hace tiempo, a fin de que sea relevado de mi cargo, del que no soy digno a causa de mi ignorancia, y pueda retirarme a un rincón para llorar allí mi pobre vida. ¡Cuánta penitencia he de hacer, cuántas cosas he de expiar, cuántas lágrimas he de derramar!”.

Ante las alabanzas

Un día el poeta Gascón Jasnin fue a visitarle; al despedirse le dijo: Señor Cura, nunca había visto a Dios tan cerca. A lo que le respondió el Cura de Ars, quitándose él toda importancia: *“En efecto, Dios no está lejos”*. Y le señaló hacia el sagrario. ¡Nunca perdió las referencias! ¡Nunca se puso él en el centro! ¡En el centro... siempre a Dios! Muchas veces los hombres hablamos mal de nosotros mismos para que nos corrijan y nos alaben. No era éste el caso del Cura Vianney. Afirma la condesa des Garets: Nadie estuvo más lejos que el Rvdo Vianney de lo que él mismo solía llamar humildad de ‘garabato’. Si hablaba de su ignorancia, de su miseria, de su indignidad, era naturalmente, sin ninguna afectación. (...) Si hablaba de sí como de un pobre pecador que tenía necesidad de llorar su pobre vida, lo hacía con simplicidad y con acento tan sincero, que no daba lugar a la menor duda sobre sus verdaderos sentimientos.

Un día Mons. Devie, sin darse cuenta de que estaba delante el Cura de Ars, dijo para sus adentros pero en voz alta: ¡Mi santo Cura! El Cura lo oyó, y exclamó desolado: *Hasta Monseñor se equivoca acerca de mí! ¡Si seré hipócrita*